

# **CURSO DE VERANO. ACERCAR EL PATRIMONIO. ESTELLA, ARTE Y CAMINO**

## ***Arquitectura y Humanismo en Estella en el siglo XVI***

### **SELECCIÓN DE TEXTOS**

María Josefa Tarifa Castilla  
Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro  
Universidad de Navarra  
27 de agosto de 2009

#### **PASO DE CARLOS V POR ESTELLA EL 8 DE OCTUBRE DE 1523**

Grandes preparativos hizo Estella para recibir al Emperador. Era entonces alcalde el magnífico don Nicolás de Eguía, apellido ilustre en los anales de la Ciudad. El resto del regimiento lo formaban los señores Felipe Gárriz, Baltasar Vicuir, Martín de Iturmendi, Juan de Sangüesa y Juan López de Redín, como jurados; eran regidores el bachiller Juan de Leoz, Pedro de Eguía y Juan de San Martín.

Reunidos todos ellos en el asca y casa de San Martín, según costumbre, con el parecer y acuerdo de los honrados vecinos y prohombres convocados a cuarentena, acordaron hacer a S. M. un recibimiento solemne, máxime teniendo en cuenta que era la primera vez que honraba a Estella con su presencia. Se decidió guardar fiesta con tal motivo y se ordenó que todos, chicos y grandes, se ataviasen con sus mejores vestidos para acompañar a la comitiva organizada. Fueron invitadas al acto la clerecía de las tres parroquias, San Pedro, San Miguel y San Juan, y las comunidades religiosas.

La plaza fué proveída de toda clase de víveres: pan, vino, cebada, carnes y otras vituallas, a los precios que regían entonces, a fin de que no se aprovecharan los acaparadores, pues se esperaba que con el Emperador vendrían muchos soldados con destino a Fuenterrabía.

El Regimiento mandó hacer un magnífico palio de terciopelo carmesí con sus atoles y caídas de sedas finas de lo mismo, y el escudo de la Ciudad, una estrella grande de ocho puntas. Las autoridades se hicieron ricas loras de Courtray y se confeccionaron libreas para los nuncios.

El Emperador llegó el 8 de octubre a la hora de vísperas, acompañado de un lucido cortejo de nobles, prelados y personajes de la nobleza. Autoridades y pueblo le esperaban en la puerta de San Nicolás, y en el momento de su llegada, se adelantó el regimiento con muchos vecinos principales para recibir bajo palio a S. M., que venía montado a caballo. Le precedía un heraldo con el estandarte y divisa real, y junto a él iba el Camarlengo Mayor, Laaot, que llevaba el estoque desenvainado de su señor. Seguían un cuerpo de caballería y la guardia imperial, compuesta de 200 alabarderos. Mientras tanto, repicaban jubilosamente las campanas de las

iglesias y conventos.

La comitiva se detuvo al pasar el portal y el alcalde entregó a S. M. la llave de la Ciudad en señal de sumisión, siendo recibida y devuelta ceremoniosamente. A continuación, la primera autoridad -según la relación- puso e hizo un habla muy elocuente gratificando a S. M. las mercedes, bien y alegría que la dicha Ciudad y ciudadanos y vecinos della el dicho día recibían por su muy aventurada venida. Después suplicó humildemente al Rey que, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, quisiese jurar sus fueros y privilegios a la Ciudad, durando su discurso un cuarto de hora y oyéndole S. M. con mucha alegría.

«Seguidamente habló el Emperador, con rostro jocundo, con gran mananidad y severidad, a todos mirando, diciendo que agradecía el amor, alegría y buena voluntad que le mostraban y hacían por su venida, como de buenos y fieles servidores, prometiéndoles muchas mercedes, como por obra lo verían; y que le placía de jurar sus fueros, privilegios, libertades, usos y costumbres, como le habían suplicado».

Luego, las autoridades y gente principal besaron la mano a S. M. con mucho acatamiento por orden de jerarquía, «y después, quien más podía antes llegar, que S. M. con mucha serenidad a chicos y a grandes daba y dió la mano». La comitiva se puso en seguida en marcha a indicación suya, y el clero inició el canto del Tedeum, dirigiéndose la procesión hacia San Pedro, con las reliquias de San Nicolás y las cruces delante. A la llegada, el Rey se apeó y entró en la iglesia, donde oró algunos momentos, besándole luego el clero la mano, también por orden de jerarquía.

El alcalde, puesto de rodillas, suplicó al Rey que jurase los fueros y privilegios de la Ciudad, lo que hizo sobre un misal en manos de don Juan Azcoiti, vicario de la Parroquia. Entre otros personajes, estaban presentes el Duque de Calabria, Camarlengo Mayor de S. M., el alcaide de la fortaleza de Estella, don Pedro Vélez de Guevara, y los distinguidos caballeros Juan, Pedro, Esteban y Miguel de Eguía.

Acabada la ceremonia, salió el Emperador con su comitiva, dirigiéndose a la casa de Juan Liguete, la primera bajando de la iglesia, en la rúa de San Nicolás, destinada a alojamiento real. Al llegar allí, el caballero Mayor y los mozos de espuelas de S. M. tomaron el palio, llegando en aquel momento la caballería real, formada de un centenar de hombres, «armados todos en blanco, de librea».

Con esto se acabaron las ceremonias oficiales, a las que siguieron los festejos populares propios de la época, haciéndose lenguas los estellese del brillo y boato del ceremonial borgoñés desplegado por el Emperador y su lucida comitiva.

IDOATE, F., *Rincones de la historia de Navarra*, vol. 1, Pamplona, 1979, pp. 22-24.

## VISITA DE FELIPE II A ESTELLA EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1592

El 17 de noviembre de 1592, martes, llegó a Estella Felipe II, entre borrascas de agua y nieve. Su visita había sido anunciada con antelación, y el Regimiento pudo hacer los preparativos a conciencia.

No era ciertamente próspera la situación de la hacienda municipal,

pues había un déficit de 20.000 ducados que hubo de gravarse en otros 5.000 para los gastos del recibimiento. Tan precaria situación venía de bastante atrás, pues ya en 1580, con motivo de las exequias de Ana de Austria, hubo que recurrir al Vínculo o pósito del trigo, para que contribuyese con 300 ducados.

El 16 de mayo, escribía el Rey a las Cortes desde El Escorial, y posteriormente -ya en camino- desde Santo Domingo de La Calzada, refiriéndose al juramento que en 1586 había prestado el virrey, Marqués de Almazán, en nombre del heredero de la Corona, el príncipe don Felipe, y manifestando que, «hallándose cerca dél (Reino), he querido ver y visitar, y que el dicho, Serenísimo Príncipe os vea y conozca». En otra carta de 8 de noviembre, decía Felipe II «que el contentamiento que tenéis de que yo y el príncipe mi hijo visitemos este Reino, es muy propio de vuestra gran fidelidad y del amor que teneis a las cosas de nuestro servicio, y corresponde muy bien al que os tenemos. y esto mismo nos ha movido a que, no embargante la indisposición que he y que sea el tiempo algo riguroso, os visite por daros contentamiento que yo y mis hijos le recibamos en ver tan buenos y fieles vasallos».

El Rey se acercaba pues, y aunque la gente estaba «en la furia de la vendimia), el Regimiento nombró las comisiones organizadoras de los festejos, dispuesto a echar el resto. El alcalde, don Domingo Enríquez, fué designado con el jurado Antonio Alfaro para recibir al Rey en Santo Domingo de La Calzada y entregarle la carta del Regimiento, en la que se le rogaba pasase a visitarles.

El licenciado Albizu se encargó del arreglo de los caminos de Irache a Estella, por donde había de pasar la comitiva. No pudiendo encontrarse gente por el apuro de la vendimia, fueron contratados 200 peones de Amézcoa, que trabajaron dos días, cobrando dos reales de jornal. Los vecinos pudientes fueron obligados a poner sus criados y criadas a disposición de las autoridades o a pagar su jornal en caso contrario. Fué empedrada la plaza de San Martín y se hicieron los derribos necesarios. Los jurados Gárriz, Unzué y Alfaro, se encargaron del arco triunfal, de los escudos monumentales que habían de colocarse en los portales de la Ciudad y de otras cosas de menos monta: toros, trajes, luminarias, faroles, música y víveres, incluyendo por supuesto buenos cántaros de vino. Lo más original y notable fué una sierpe «que echaba fuego y güetes por la boca».

Para estos menesteres hubo que emplear una legión de obreros y menestrales de todas clases: empedradores, fusteros, entalladores, escultores, «ingenieros de invenciones» y buen número de sastres y bordadores, que confeccionaron los magníficos trajes que habían de estrenar las autoridades y el riquísimo palio. En el arco triunfal lucieron su reconocida habilidad los hermanos Juan y Bernabé Imberto, escultores de la escuela de Ancheta, como es bien sabido.

El palio era de tela de damasco colorado y carmesí, y el sastre Senoya se encargó de los ropones, ropillas, libreas, calzas y demás indumentaria, para lo que se asesoró previamente de un sastre de S. M. y de los que los hacían en Pamplona para el mismo objeto. El terciopelo, gorgorán y pasamanos de oro fueron traídos de Tudela por un mercader de Vitoria, Maturana.

Todo estaba a punto cuando llegó la fecha esperada con tanta ilusión

por los estellese. Tres horas estuvieron esperando la aparición del monarca y su séquito, debiéndose el retraso a que algunas carrozas de las damas se atascaron por el mal estado de los caminos y tuvieron que auxiliarlas los vecinos, ya anochecido, alumbrándose con hachas. Poco antes de la llegada se recibió un billete del Camarlengo Mayor, don Cristóbal de Mora, en el que indicaba que teniendo en cuenta el mal tiempo y que el Rey venía «algo trabado por la gota», no saliesen con palio.

Por fin llegaron las carrozas reales. Acompañaban al Rey los infantes don Felipe (entonces de catorce años) y doña Isabel Clara Eugenia. Los del Regimiento se apresuraron a besar la mano al Monarca y a continuación siguió su carroza hasta el palacio del Marqués de Cortes, preparado al efecto.

Al día siguiente acudieron a presentarle sus respetos los regidores en cuerpo de regimiento ya entregarle las llaves de la Ciudad. El Rey a su vez juró los fueros, según costumbre, y en seguida la comitiva real se puso en camino hacia Pamplona, sin que la Ciudad tuviese la suerte de demostrar a Felipe II su cariño más ampliamente.

El cronista del viaje, Enrique Cock, hablando de Estella, afirma «que no hay en España lugar que sea mejor a mi parecer», lo que nos da idea del efecto que le causó. Ya es algo, pero los estellese hubieran quedado menos disgustados si los preparativos que hicieron hubiesen lucido un poco más. Lo peor es que los descontentos envolvieron a sus regidores en un proceso por supuestos despilfarros y gastos indebidos. No faltaban en la Ciudad acres censores de la gestión municipal, en lo que jugaban no poco las enemistades locales, que afloran a la superficie en estas ocasiones.

Uno de los cargos era que no habían devuelto a la Ciudad los trece ropones de terciopelo colorado, valorados cada uno en 114 ducados. Se les pedía cuentas igualmente de los 300 ducados perdidos en los dieciocho toros traídos de Tudela para correrlos por las calles. Los cornúpetos, sin cumplir su cometido por la fugaz estancia del Rey, habían sido llevados al soto de Mendavia y el boyarizo aseguraba «que venían tan calados que no se podían tener en las piernas de puro flacos y eran muy personudos». Varios murieron de hambre y debilidad, debido en parte a la falta de yerba por la sequía, siendo vendidos los demás a bajo precio.

Las modificaciones hechas en la plaza de San Martín provocaron las reclamaciones de un vecino, que pedía 190 ducados por perjuicios. Los acusadores se metieron también con el arco triunfal levantado y con la famosa sierpe, en la que su autor, Miguel de Aguirre, había derrochado todos su ingenio, aunque con poca fortuna, pues «cuando comenzó a echar algunos güetes por la boca, de palacio fueron dos hombres y se le mandó que no echase fuego, porque no gustaba dello S. M. Y aunque a la partida del Rey se le quiso pegar fuego, no surtió efecto por haberse mojado». Un nuevo intento se hizo por Corpus, pero nada logró hacerse por necesitar ciertos aparatos para llevarla por la Ciudad.

No menos protestas levantó el acuerdo del Regimiento obligando a los particulares a comprar el vino que había sobrado, a fin de que no se perdiese. Muchos de los que habían recibido hachas se las habían quedado y se pedía su restitución. Hasta la llave de la Ciudad hecha para entregar al Monarca salió a relucir. Con más o menos razón, se acusaba colectivamente al Regimiento de excesiva esplendidez y despilfarro, «como si fuera la

Ciudad más rica y populosa de los reinos, o alguna de las señorías de Florencia, Génova, Venecia o de otros potentados de Italia». Pero, después de las tasaciones hechas por peritos, se llegó a conclusión de que no había habido tales dispendios, teniendo la culpa de gran parte de las deficiencias las circunstancias adversas. Así, por ejemplo, se comprobó que los Imbertos no habían cobrado más que 30 ducados por sus trabajos, teniendo en cuenta que lo habían hecho para servir al Rey. Les ayudó, entre otros, un escultor llamado Juan Ruiz de Luzuriaga. A Aguirre, el autor de la sierpe, se le había descontado cierta cantidad de los 400 reales que había pedido por su invención.

A fin de cuentas, fueron condenados los regidores al pago de algunos ducados por los elegantes ropones, que tan poco pudieron lucir y que tan malos ratos les dieron. El mal tiempo y la pertinaz gota de Felipe II tuvieron buena parte de la culpa.

IDOATE, F., *Rincones de la historia de Navarra*, vol. 1, Pamplona, 1979, pp. 24-26.

Estella es una de las tres ciudades del reyno de Navarra y la menor dellas, que está situada entre unos montes llenos de frutales y viñas, cuya comarca es muy plazentera, mayormente de verano, quando se goza de la verdura, y está muy llana; por medio della passa el rio Ega, que se passa con una puente de piedra. La corriente yva, con las aguas y nieves que havian caydo, con tanta furia que espantava á quien lo veyá, y parecia que hundía la puente al passar. Es rio caudalosíssimo y viene á desaguarse en Ebro, iuntándose con otros ríos deste reyno de Navarra. Tiene Estella de vezindad hasta dos mil vezinos, poco más ó menos, repartidos en tres parochias, que son Sant Pedro, Sant Miguel y Sant Juan. Ultra del famoso monasterio del Yrache, tiene otros de Sant Francisco, de Santo Domingo, de Sant Augustin y Mercenarios y más dos conventos de monjas, uno de Santa Clara y otro de Sant Benito. Tiene un castillo puesto en un collado alto que puede mandar la ciudad. El gobierno toca á los jurados, de los quales precede el uno, dicho mayor ó en cap, como ansí se usa en los reynos de Valencia y Arragon y principado de Cataluña. Tiene muy buenas fuentes y calles anchas, y la comarca es tan alegre de diversidad de frutas y viñas, abundancia de pan y caça y ganados que no hay en España lugar que sea mejor á mi parescer. Entró Su Mag<sup>d</sup> por una puerta que para este effecto se havia hecho nueva y á poco trecho estava su palacio. La compañía passó adelante por la puente, dexando el dragon á mano izquierda con una fuente de vino, que la ciudad havia mandado hazer para todos que querrian gozar della, el qual dragon ó sierpe hizo su oficio en la tarde de echar su fuego de que era armado; y salido de la puerta de la ciudad, fué gran rato por huertas y viñas hasta que anochesció

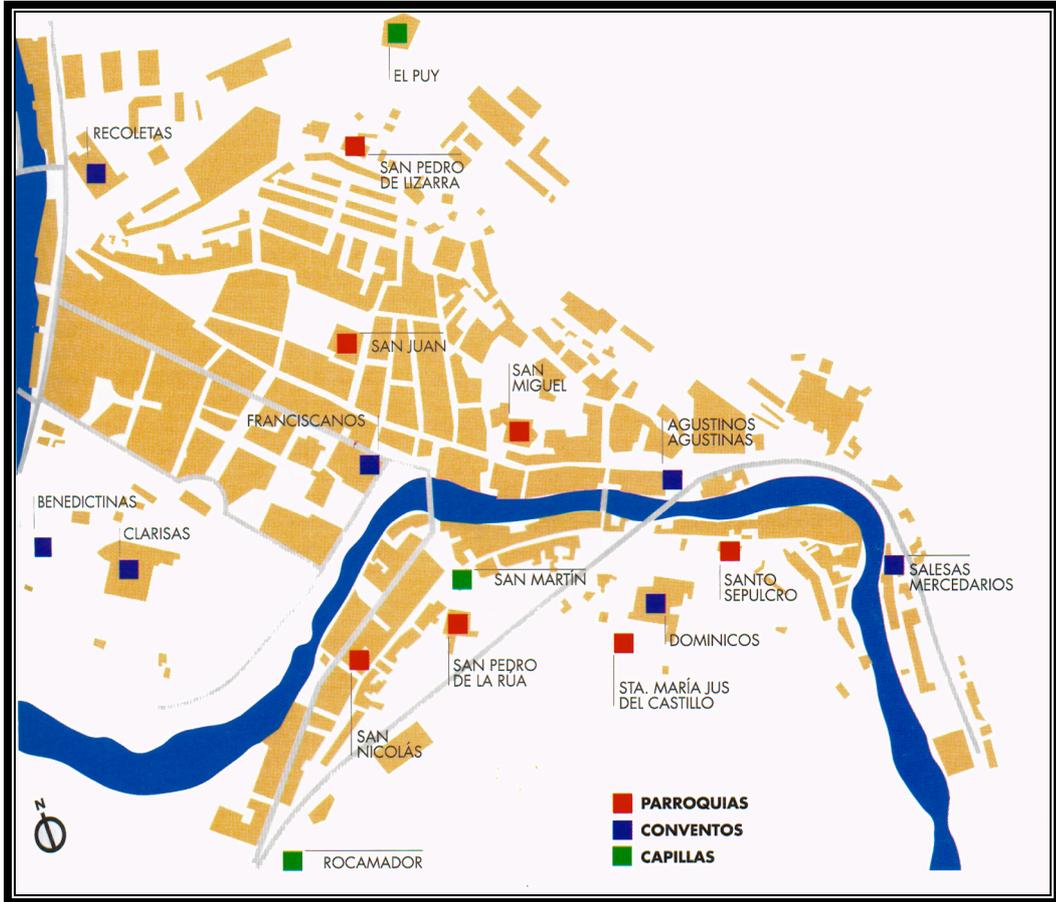
COCK, E., *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592 pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela, recopilada por Enrique Cock archero de su Magestad, notario y escribano publico*, Madrid, Tello, 1879, pp. 62-63.

## BIBLIOGRAFÍA

- CARO BAROJA, J., *La Casa en Navarra*, Pamplona, CAN, 1982.
- COCK, E., *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592 pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela, recopilada por Enrique Cock archero de su Magestad, notario y escribano publico*, Madrid, Tello, 1879.
- ECHVERRÍA GOÑI, P.L., “El mecenazgo artístico de Johan de Eguía en la Estella del primer tercio del siglo XVI y la obra del entallador Maestre Terín”, en *Patronos, promotores, mecenas y clientes, Actas del Congreso Español de Historia del Arte*, VII (1988), Murcia, CEHA, 1992, pp. 139-150.
- ECHVERRÍA GOÑI, P.L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., “Arquitectura civil en Navarra durante el Renacimiento y el Barroco”, en *Ibaiak eta Haranak, Guía del patrimonio histórico-artístico-paisajístico*, t. 8, San Sebastián, Etor, 1991, pp. 217-240.
- ECHVERRÍA GOÑI, P.L., “Casas señoriales y palacios del siglo XVI”, en *El Arte en Navarra*, 1. *Del arte prehistórico al Románico, Gótico y Renacimiento*, Pamplona, Diario de Navarra, 1994, pp. 273-288.
- EGUÍA Y BEAUMONT, F. DE, *Estrella cautiva o Historia de la Ciudad de Estella*, 1644 (Ms).
- FERNÁNDEZ GRACIA, R., (COORD.), ECHVERRÍA GOÑI, P.L. y GARCÍA GAINZA, M.C., *El arte del Renacimiento en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2005.
- GARCÍA GAINZA, M.C., HEREDIA MORENO, M.C., RIVAS CARMONA, J., y ORBE SIVATTE, M., *Catálogo Monumental de Navarra, II\*. Merindad de Estella*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1982.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia eclesiástica de Estella, vol. 1, Parroquias, iglesias y capillas reales*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia eclesiástica de Estella, vol. 2, Las órdenes religiosas (1131-1990)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia eclesiástica de Estella, vol. 3, Cultura, estellesses ilustres, piedad popular, beneficencia*, Pamplona, Mintzoa, 2001.
- IDOATE, F., *Rincones de la historia de Navarra, vol. 1*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1979.
- ITÚBIDE DÍAZ, J., *Estella*, Panorama nº 21, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993.
- VVAA, voz “Estella”, *Gran Enciclopedia de Navarra, vol. 5*, Pamplona, CAN, 1990, pp. 439-469.
- VVAA, *Estella-Lizarra*, León, Edilesa-Ayuntamiento de Estella, 2001.



Javier Itúrbide Díaz, *Estella*, Panorama nº 21. Pamplona, 1993.



Javier Itúrbide Díaz, *Estella*, Panorama nº 21. Pamplona, 1993.